

ciones de la policía como por escapar a la crítica general de que son objeto. No hay un solo jugador, como no esté totalmente degradado, que interiormente deje de reconocer lo funesto de su vicio y la justicia de las censuras que se le dirigen. Así es que, no pudiendo dominarse, impotentes para doblegarse a los dictados de su conciencia, que no hacen sino sumarse a los del sentimiento público, se entregan sigilosamente al vicio y ocúltanle con cuidado a sus conciudadanos y se avergüenzan ante ellos si por acaso descubren su defecto. Las gentes señalan a los jugadores de oficio como individuos depravados e indignos, y por eso no osan los tales levantar la frente muy alto en la sociedad en que viven. El efecto inmediato de la coacción moral es que sólo se dediquen al juego aquellos hombres o que son bastante poderosos para burlar y despreciar a sus semejantes o bastante degradados para no ocuparse de sus juicios. El común de las gentes se abstiene, sin violencia y sin acordarse para nada de las leyes ni de las prescripciones religiosas, de incurrir en el desagrado social y en su propio desagrado.

La prostitución suministra datos análogos. Muchas mujeres no se prostituyen porque no se atreven a afrontar el desprecio del público. En mil casos, aun a pesar de temperamentos adecuados a la lujuria, la simple consideración de su honra perdida, tal y como se entiende en el momento, basta a contener los desórdenes a que se sienten inclinadas. Las mismas mujeres públicas, dígame lo que se quiera, esquivan, en general, siempre que pueden, toda participación en la vida social, porque tienen conciencia de que su conducta es desaprobada, no porque se preocupen mucho de los reglamentos y órdenes de la policía. Es necesario que se alejen de los lugares donde son conocidas, que se aturdan con el ruido de las grandes ciudades, que un largo hábito de vida en las casas de lenocinio concluya la obra de disolución, para que resueltamente afronten el desprecio público.

La embriaguez es también claro ejemplo de lo que decimos. Muchas personas reprimen, o por lo menos disimulan, sus deseos de beber sin tino, ante la simple consideración del desmerecimiento en que caerían si no lo hicieran. El que se embriaga lamenta comunmente el ridículo en que incurre, las censuras de que es objeto y se afea sus propias acciones. Es frecuente que no pocos se curen así del vicio de la embriaguez, sobre todo en sus comienzos. Y en este ejemplo, hay que tener en cuenta que la influencia gubernamental es totalmente nula. Nadie puede sufrir castigo por embriagarse. Obsérvese asimismo que el número de borrachos no aumenta en mayor proporción que el de jugadores y prostitutas, aunque jugadores y prostitutas están expuestos a incurrir en las iras autoritarias. Hay, sí, más borrachos que jugadores, sin duda porque el público juzga la embriaguez con más lenidad que el juego, y quizá también porque el juego y la prostitución favorecen el aumento de aquéllos, ya que traen aparejados todos los desórdenes físicos y morales.

Cualquiera que sea el sentimiento general respecto al juego, a la prostitución y a la embriaguez, no tratamos de analizarlo ni discutirlo ahora. Sólo queremos hacer constar los efectos de aquel sentimiento; y son tan evidentes, que no nos esforzaremos mucho en probarlos.

En ciertos países en que la embriaguez tiene inmensas proporciones, han tratado los gobiernos de reprimirla inútilmente.

Por la misma universalidad del vicio no existe coacción moral alguna, o si existe, es muy débil; y así, se desarrolla aquél a sus anchas con la complacencia de todo el mundo. Esto prueba precisamente que cuando la acción gubernativa se halla aislada, es del todo impotente para remediar un mal. Otra cosa sucedería si los individuos sanos concertasen una acción cualquiera para contrarrestar la propagación de la embriaguez. El efecto de esta acción sería de seguro bastante